el suelo; era el fantasma que acababa de saltar a la calle. Los dos fugitivos y este hombre se hallaron cara a cara.

—Bembo dudó; el hombre se apoyó contra la pared, cansado ya de los esfuerzos que habia hecho para saltar la pared: en este instante se oyó una voz que cantaba:

El laird de Killarwan
Avait deux filles,
Jamais n'en vit aimant
D'aussi gentilles
Dans Glen Girven.

—¡Padre mio! esclamó Ana soltándose de los brazos de Bembo para arrojarse a la persona que cantaba; ¡esta es la voz de mi padre! dijo.

Angus, pues era él, dió un paso hácia su hija, cuya voz habia conocido; pero en el mismo instante retrocedió horrorizado.

—¡Siempre las sombras de los que han muerto! murmuró acongojado.

—¡Padre mio! dijo otra vez Ana.

—¡Dejadme, dejadme! esclamó Angus; las he visto....

Y como Ana queria echarle los brazos al cuello, la arrojò con violencia en el suelo y echó a correr gritando:

—¡Las dos.... las dos!

Bembo le perdiò de vista al volver Belgrave-Square, y volvió a coger en brazos a Ana, que se habia desmayado.

A la mañana siguiente Rio Santo halló vacio el lecho del laird. No pudo confiar a nadie sus penalidades, porque durante aquel dia no se presentó Bembo en Iris-House.

XII.

ANGEL CUSTODIO.

Aunque Aristóteles no se tomó el trabajo de fijar reglas para la formacion de la novela, y aunque Horacio creyò oportuno guardar silencio sobre este objeto, hemos procurado con profunda veneracion hácia las autoridades clásicas acercarnos todo lo posible a las principales reglas de unidad que ellos han guardado como condicion necesaria a todo drama. Hasta aquí nuestros personages no han perdido de vista la magestuosa media naranja de San Pablo de Londres: hasta aquí nuestra historia ha girado en el estrecho círculo de una semana.

Pero se acerca el momento en que nos serà preciso salvar el tiempo y el espacio; en que tendremos que intercalar acaso meses entre una y otra escena de nuestro drama; y que nos verémos obligados a tomar la posta para ir a buscar un domicilio entre los silvestres matorrales de la Escocia del Sud. Esta es seguramente una desgracia; y nadie llevará a mal que anticipadamente nos lamentemos de ella, de una manera sincera a la par que profunda.

Entre tanto, hemos vuelto a buscar uno por uno todos los personages que habiamos dado de mano en la segunda parte de esta narracion, en donde Susana y Brian de Lancester absorben casi por entero la atencion del lector: hemos seguido a cada uno de ellos en sus esfuerzos, buenos ó malos, en sus sentimientos, en sus aventuras; y el curso natural de esta relacion nos lleva como por la mano a aquel dia en que Brian de Lancester reventó a Ruby, su hermoso caballo, y desafió cara a cara el fuego de los guardias a caballo, por ofrecer una flor a los piés de Susana.

Era en efecto la víspera de aquel dia en que la vida del marques de Rio Santo corrió tan grave riesgo por el furioso aprieto en que le puso Mac Farlane: aquella misma mañana fué hacia las tres de la madrugada cuando el caballero Bembo robó de la prision del *Rincon del lord* en donde estaba encerrada, la mas linda muchacha del contorno.

Por consiguiente esta misma noche era cuando Frank Perceval debia acudir a la cita que delante del teatro de San James le habia dado la condesa Ofelia.

Muchos sucesos ocurrieron entre el momento en que recibió este billete, y la hora de la cita, en que Rio Santo debia aguardar en vano su asociado....

El doctor Moore y el ciego Tirrel estaban unidos por lazos muy íntimos y muy secretos.

Este último habia recibido del doctor uno de aquellos favores inapreciables, y su reconocimiento le hacia guardar cierta atencion particular hácia la persona de Moore Por otra parte el interes propio les ligaba con mas estrechez; querian distribuirse la herencia del marques de Rio Santo. Los dos vivian en Himpole-Street: Tyrrel en el

número 9 y Moore en el 10, de modo que sus casas se dividian por un tabique. [1]

Ademas se comunicaba entre sí por medio de un pasadizo hábilmente disimulado; comunicacion que nadie podia sospechar, y tanto ménos cuanto que sirviéndose de ella Moore y Tyrrel para sus relaciones habituales. jamas se vió a ninguno de ellos entrar en casa del otro.

Por esta comunicacion se evacuó la casa número 9 miéntras que Brian de Lancester iba a buscar una patrulla de policía.

El doctor Moore estaba ausente: en todo el dia habia parecido en su casa, de modo que esta se hallaba al cuidado del practicante, quien entregándose con toda pasion a las *Recreaciones tosicologicales* dejaba un reposo a la pobre Clara Mac Farlane. Se la habia sacado de su prision porque el doctor deseaba que recobrase un poco sus fuerzas ántes de someterla á la terrible prueba del choque galvánico. Estaba acostada, débil aún, padeciendo mucho, en una sala contigua al gabinete del doctor.

Rowley habia recibido la espresa órden de poner término al ayuno que se la hacia sufrir; pero como ya hemos dicho, Rowley estaba absorto en la atractiva lectura de sus queridas *Recreaciones tosicologicales.*

El pasadizo que comunicaba las dos casas vecinas tocando en un corto corredor inmediato a la sala-prision, desembocaba en el gabinete del doctor, y allí fué desde luego donde se refugiaron los fugitivos del número 9.

Susana, como ignoraba que por semejante medio se la hacia mudar de casa, no opuso resistencia a ello.

---

[1] En Lóndres, como es sabido, la numeracion de las casas está seguida y no guarda el órden de números pares á derecha, é impares á la izquierda.

Apénas se hallaban en el gabinete del doctor, cuando Tyrrel llamó aparte a la señora duquesa viuda de Gevres, y la dijo:

—Id a White-Chapel-Road, Maudlin, y haced presente que mi casa se halla en poder de la policía.... alguno podrá venir y seria cogido como en una ratonera.... En cuanto a mí estaré ocupado esta noche, porque es preciso que este loco de Brian tenga la boca cerrada àntes del amanecer.

—Este es un mal negocio, milord, respondiò la francesilla con cierto aire sentimental. Teniamos allí una habitacion tan bonita....

Tyrrel levantò los hombros.

—Mañana quizá tendrémos un palacio, Maudlin, y por otra parte, ¿qué hariais ahí?.... Vamos.... despachad.

Mma. la duquesa de Gevres arrojò de soslayo una mirada a Susana.

—¡La dejarèmos aquí sola? preguntó.

—Bajo de llave, Maudlin, bajo de llave, dijo el ciego dirigièndose precipitadamente hácia la puerta; sobre todo apresuraos....

En cuanto a mí voy a ocuparme del enamorado. Ya oiréis hablar del asunto, señora duquesa.

Francisco se acercó a Susana, que estaba sentada a bastante distancia.

—Mi querido amor, le dijo ella, habeis sido bien imprudente.... pero a todo pecado misericordia.... Voy a trabajar en vuestro obsequio y en el de él, a fin de evitar una desgracia.... ¡Adios, amor mio!

Antes de salir volvió como pensando de repente....

—Pero vos no habeis comido en todo el dia, querida, continuò ella: estaré ausente largo tiempo: voy a mandar que os sirvan la cena.

—No tengo apetito, dijo Susana.

—¡Dios mio! Ya lo conozco.... la pena, la desesperacion.... no se tiene gana.... pero se come una pechuguita, corazon mio.... una pechuga de pollo ó dos, y se bebe un poquito de vino.

La duquesa de Gevres, que parecia tener en casa del doctor tanta satisfaccion como en la suya propia, salió y volvió a aparecer al cabo de un rato, seguida de un criado portador de una bandeja. Esta contenia una cena completa.

Colocada sobre una mesa, la duquesa se despidió, diciendo:

—¡Buen apetito, corazon mio!

La llave dió dos vueltas dentro de la cerradura, por la parte de afuera.

Susana estaba sola.

Hacia apénas media hora que Lancester la habia dejado. Desde algun tiempo los acontecimientos cambiaron con tal rapidez, que ella en la perturbacion de su inteligencia nada habia podido comprender. Se hallaba oprimida bajo el peso del terror que la causó la aparicion de Tyrrel en el momento que ella se creia ya libre y feliz. Ni siquiera podia fijar su pensamiento sobre lo que podia suceder, lo que haria Lancester y lo que ella debia esperar ó temer.

Apoyada la cabeza sobre ambas manos trataba de desembarañar el caos de las tumultuosas ideas que vagaban por su cerebro. La primera que se le presentó la aterrorizó. Se acordó de las amenazas que Tyrrel le habia hecho con frecuencia; amenazas que tenian siempre por objeto a Lancester. ¡Cómo se calificaba de imprudente y culpable! ¡Còmo se arrepentia de una confesion que cir-

cundaba a Brian de enemigos invisibles, poderosos é implacables! Estos peligros desconocidos, que ella habia acumulado sobre Lancester, le parecian tanto mas terribles cuanto que no podia ser a la vez partícipe de ellos.

—¿Sabia ella siquiera si podia volverle a ver?

Susana era de corazon grande, pero todo su valor la abandonaba al tratarse de Brian. Su heroismo natural se rendia de repente. Entonces era una débil muger.

Al cabo de algunos minutos las lágrimas brotaron de sus ojos.

—¡Oh Dios mio, yo le he muerto! pronunció con el acento mas lastimoso.

Un débil gemido se oyó a sus espaldas como un eco de queja desesperada. Susana no lo observó y comenzò a orar.

Miéntras ella rezaba, los gemidos se acrecentaban. Susana los oyô y se levantó, porque su alma era tan noble y virtuosa que la misma desesperacion no podia ahogar en ella los sentimientos de piedad. Prestó su oido con atencion. Los ayes se debilitaban haciéndose a la vez mas lastimosos. Susana tomó su bugia, y empujó con ligereza una puerta, contra la cual se apoyaba el respaldo de su sillon.

El lecho en que gemia Clara moribunda estaba a diez pasos de allí.

Clara enmudeció en el instante en que vió la luz.

Sin duda tuvo miedo de haber evocado con sus quejas alguno de sus verdugos.

Pero cuando a la claridad de la bugía vió el resplandeciente rostro de la hermosísima niña, creyó que era una ilusion producida por su desvarío y cerró los ojos con fatiga y desaliento.

Habia visto durante tres dias tantos rostros de ángeles, radiantes y dulces, inclinarse a su cabecera con engañadoras sonrisas; habia tantas veces juntado sus descarnadas manos, implorando en vano a estos fantasmas, productos de la fiebre que le abrasaba!....

Sin embargo, Susana se habia acercado a la cama y habia dirigido a la cabeza de la pasiente una mirada llena de compasion. Mas apénas esta mirada se fijó sobre las facciones de Clara, la fisonomía de la hermosa niña espresó una emocion estraordinaria.

De repente sus ojos se llenaron de lágrimas de tan tierna inquietud como las de una madre al lado de la cuna de su hijo, su pecho se conmovió, y una sonrisa indecisa, triste, a la par que festiva, alteró el arco armonioso de su labio.

En seguida cayó de rodillas sobre la alfombra y levantó los ojos al cielo implorando clemencia.

Clara, al sentir le daban un beso en su mano, abrió sus pàrpados adoloridos.

—El sueño continúa: este fué su primer pensamiento; pero esta vez era dulce y verdaderamente celestial. Los ângeles de sus pasados ensueños no eran tan hermosos como esta muger, de plácida sonrisa, que se asemeja a un genio de esperanza y misericordia.

Clara la miraba muda de encanto: sus gemidos habian cesado de todo punto.

—Sois vos efectivamente, murmurô por fin Susana con una voz contenida, que penetró los oidos de Clara como la velada armonía de una música lejana. Vos sois la que he buscado tanto tiempo há.

Una nueva admiracion se pintó en el semblante de Mac Farlane.

—Vos no os acordais ya, continuó Susana; los beneficios

concedidos no dejan recuerdos en las almas generosas... pero los favores recibidos.... ¡Oh! en cuanto a mí, bien me acuerdo, y desde que supe orar lo he hecho por vos y por ese otro ángel que se os asemeja y que sin duda es vuestra hermana.... por la noble Clara y por la dulce niña Ana.

—¿Quién sois vos, señora? preguntó Clara.

—Vos no sabeis mi nombre.... y es que no me preguntásteis, Clara, aquel dia en que vuestros brazos sostuvieron mi talle postrado sobre la acera de Cornhill; aquel dia en que socorrísteis a la desgraciada jòven desconocida que moria de hambre.

—¡De hambre! repitió Clara apretando dolorosamente su pecho; ¡oh! ¡yo tambien me estoy muriendo de hambre!

Susana dió un salto fuera de la habitacion y al instante mismo, trayendo la cena preparada para ella. Sus ojos humedecidos reían con la sencilla espresion de la dicha.

—Perdono a esta muger todo lo que ha hecho contra mí, dijo ella, pues que me ha dado con que socorreros, Clara.

Volvióse a arrodillar sobre la alfombra y ayudó a la pobre enferma a levantarse. Miéntras que esta última comia con avidez, interrumpiéndose únicamente con algun suspiro que la debilidad misma le arrancaba, la bella jóven la sostenia, la ecariciaba, la hacia sonreir con sus tiernas y dulces palabras, y le besaba cariñosamente sus manos pàlidas y casi diàfanas.

Clara sentia reanimarse por el calor de los alimentos y por los consuelos tiernos de esta aparicion inesperada, que de repente habia venido a colocarse a la cabecera de su

cama de dolor: Clara se encontraba dichosa y reconocida. creia volver a la vida.

—¡Qué hambre tenia la pobre niña! dijo Susana entre dos besos. ¡Si vos pudiéseis ver, Clara, los hermosos colores que recobran vuestras megillas!.... Hé aquí; ya estais ahora tan linda como otras veces! Sabeis que para reconoceros me ha sido preciso mirar dos veces en el fondo de mi corazon, donde está grabada vuestra imàgen. Pero yo tengo allí grabadas cada una de vuestras facciones.... esa hermosa frente grave y pensadora.... esos dulces ojos que sonreian a mi miseria.... esa boca adorable que me dirigia paladras llenas de consuelo....¡Oh Clara! Estabais tan hermosa en vuestra palidez, que al acercaros no sè lo que pasò en mí. Sentí a mi corazon desprenderse con un estremecimiento celestial. Os amo tanto, querida Clara mia.

Clara tenia los ojos inundados de lágrimas.

—¡Gracias, murmuró a media voz, gracias!

En seguida, un terror pánico involuntario se apoderó repentinamente de ella y dijo tiritando:

—Pero no podréis, señora, permanecer siempre a mi lado, y luego que os marcheis, me dejarán morir de hambre.

Susana se incorporó instintivamente como si hubiese querido colocarse entre Clara y un peligro conocido de repente. Por primera vez formó la idea vaga de la posicion de miss Mac Farlane, y se preguntó a sí misma ¿por qué esta pobre muchacha moria de hambre en una casa en donde todo respiraba opulencia?

Hizo varias preguntas a las que Clara trató de contestar lo mejor que pudo; pero les faltaba saber lo necesario para poder comprender este horrible secreto. Susana, ignorante de todo, llena de generosos instintos, y Clara

alma pura y noble, debian necesariamente fatigarse en vano para encontrar el nudo de esta bárbara intriga.

Lo que habia de cierto era que Clára habia padecido cruelmente y que sus temores estaban demasiado justificados.

—¡Miserables! dijo Susana; ¡atreverse a ultrajaros! ¡a vos, Clara?.... ¡a vos, ángel de misericordia y de dulzura!.... pero yo os defenderé; sí, yo: soy tan fuerte como un hombre.... ¡que vengan!

La palabra le espiró en los labios, porque de repente vió a Clara pálida como una estátua de marmol y con los ojos cerrados por el miedo.

Aun no habia tenido tiempo para volverse a investigar la causa de este súbito temor, cuando oyó a su lado una voz seca y desagradable decir.

—¡Ta, tá, tá, tá!

Volvió con presteza la cabeza y vió a su espalda un hombre pequeño, de mollera calva, pero con dos grandes rizos sobre las sienes. Este hombrecillo, sobre cuyas narices descansaban unos enormes anteojos, llevaba bajo el brazo un volúmen en 4.°: era el practicante Rowley con sus *Recreaciones Tosicologicales.*

Habiase adelantado segun su costumbre, a paso de lobo; y en estremo escandalizado en presencia de los restos de la cena abundante de Clara ....

—¡Tá, tá! repitió con marcado mal humor: ¡hola, hola!....¿en qué se mete esta lady?....pues la niña a comido como un sabañon....Ahora bien....cuando venga, ¿qué dirá el amo? ¿què os parece que dirà?

El señor Rowley se dirigia a sí mismo estas observaciones, habiéndose quedado a respetuosa distancia, porque habia oido las últimas espresiones de Susana y no era hombre de arrostrar su cólera.

La hermosa jóven se habia colocado entre la cama y él con los brazos cruzados y mirándole de hito en hito.

—¡Bravo, bravo! murmuró entre dientes el practicante, dando un paso atras; no tengo miedo a esta amazona a lo ménos,.... y sobre todo, poniéndose en guardia, no serán necesarios mas que tres segundos, cinco terceros y una fraccion para arreglarlo como conviene.... Es igual; yo quisiera alejarla de aquí ántes de que llegue el doctor.

Este deseo del digno Rowley no debia ser realizado por cuanto no bien lo habia cancebido, cuando la puerta se abre de repente y el doctor Moore entra en la sala con aire sombrio y las cejas fruncidas.

—¿Qué significa esto, señor mio? dijo dirijiéndose a Rowley con acento amenazador.

—Sir Edmundo ha pasado por la pequeña puerta; contestó muy humilde el practicante,—y ha traido aquella.... esta lady.... en su compañía.

—No es este el lugar de esta lady, señor mio.... Retiraos y rogadla que os siga.

—Caballero, no saldré de aquí, dijo Susana con voz baja y tranquila.

—¡Tá, tá, tá, tá! pronuncio Rowley.

El doctor se adelantó hasta la cama.

—Señora, la dijo haciendo un esfuerzo para retener la cólera, ignoro y desprecio las pueriles fórmulas de lo que se llama galantería.... No obstante, previendo un triste desenlace á todo esto, quiero evitarlo y me descubro ante vos, señora;—quitóse el sombrero y colocándolo bajo el brazo izquierdo, dijo: me inclinaré como un fátuo y agotando todo el fondo de mi cortesía, os digo señora, y aun os suplico, tengais la bondad de retiraros acto continuo.

Para que el lector comprenda de una vez la situacion,

le será suficiente el saber, que el doctor acababa de separarse de la cabecera de miss Trevor y que venia a toda prisa a probar en Clara la terrible esperiencia hasta entónces retardada.

Susana volvió la vista hácia Clara.

—¡Oh! no me abandoneis, dijo la pobre niña, que creyó ver una especie de duda en este movimiento.

—¡Abandonaros! esclamó Susana estrechándola contra sus brazos. ¡Oh! no, Clara, no hay ninguna fuerza que pueda arrancarme de vos.

—¡Qué mala cabeza! murmuró entre dientes Rowley.

El doctor dejó escapar una sorda esclamacion.

—¡Señora.... señora.... dijo con voz temblona;—¡Vos no me conoceis!.... No sabeis el crímen que habeis cometido a mi vista, penetrando en este cuarto.....

—Sé que se ha querido hacer perecer a esta niña, contestó Susana sin conmoverse,—y en adelante quiero velar a su lado.

La puerta se volvió a abrir; pero esta vez entró Tyrrel el ciego.

Nadie se fijó en él, y en lugar de pasar al interior de la sala, permaneció inmóbil y frio sobre el umbral de la puerta, observando semejante escena con la mas completa indiferencia. El doctor se estremeció al oir la contestacion de Susana.

—¡Ah!.... ¡conque vos sabeis esto, señora! murmuró en tono amezador.—¡Bien! puedo olvidar que lo sabeis... puedo perdonaros tal vez; ¡pero salid.... por vuestra vida, salid!

—No saldré, repitió la hermosa jóven, cuyo ojo sereno y brillante demostraba una calma sublime que en nada

inmutaba el mirar de Moore:—y será necesario empezar por matarme, si vos quereis quitar la vida a esta niña.

El doctor echó mano a los bolsillos de su levita, y su rostro pálido de costumbre se encendió de manera que daba horror el verle.

—¡Fuera de aquí! dijo a Rowley en un ímpetu de rábia;—¡esta muger lo ha querido!

En el rostro hermoso de Susana no apareció la mas leve señal que indicase variar de resolucion; solamente levantó los ojos al cielo, porque estaba bien persuadida de que iba a morir.

Tyrrel por fin se decidió a desempeñar su papel en esta escena. En el momento en que Moore, enloquecido por uno de aquellos parasismos de furor que se apoderan, sobre todo, de hombres como este, en quien la pasion se oculta hipócritamente bajo un velo glacial; en el instante, repetimos, en que se lanzaba hácia Susana siempre inmóbil, le detuvo el brazo robusto de Tyrrel.

El doctor trató de desprenderse; pero fué en vano.

—¡Cómo! esclamó en fin, anonadado por esta lucha de un momento;—¿te atreves a violentarme? ¡tú!

—Mi pensamiento es que no hay necesidad de matar a esta muger, doctor, contestó Tyrrel con calma.

—¡Y si yo lo quiero!

—Trataré de impedirlo.

—¡Por qué, miserable, por qué? rugió el doctor con toda la efusion de la ràbia.

Clara estaba mas muerta que viva. Susana, a quien la cólera de Moore no habia podido hacer temblar, dirigia ahora a Tyrrel una mirada inquieta y temerosa.

Este, sin perder su aplomo, continuó:

—Doctor, por muchas razones.... En primer lugar esta muger es mi hija.

Susana esperimentó una cierta convulsion que la dejó pálida, pero sin manifestar su sorpresa.—Moore al contrario, retrocedió admirado.

—¡Ah! ¡ah! miss Suky, prosiguió Tyrrel, lanzándola aquella mirada tímida, penetrante y grosera de la que la hermosa jóven habia hablado tantas veces a Brian de Lancester;—¿no me reconoceis?

—Os reconozco, caballero, contestó en voz baja Susana,—y sin embargo....

—Sin embargo.... miss Suky, no significa nada para un hombre tan sabio como el señor doctor.... ¿Me habeis visto ahorcar ¿no es verdad?....¿quién sabe?....¿tal vez me volverèis a ver otra vez del mismo modo? Doctor, continuó dirigiéndose a Moore a quien esta revelacion le habia hecho volver a la razon, pero que miraba siempre a las dos jóvenes con mal agüero:—cuando digo que es mi hija.... ya podeis comprenderme.... En tiempos en que yo era conocido bajo el nombre de Ismael Spencer, se llamaba Susana Spencer: he aquí todo el misterio.... mas no es precisamente por lo que yo he mediado entre vosotros dos.

—¿Por què, pues? preguntò Moore.

—Esta es la menor de mis razones. La otra, es que el marques de Rio Santo me ha ordenado que vele sobre ella.

—¡Ah!.... esclamó el doctor inclinando.

—Formalmente lo ha mandado, concluyó Tyrrel.

—Y sin embargo, continuó Moore ella sabe.... su vida podrá ser mi desgracia!

Tyrrel se inclinó con gravedad.

—¿Quién se encarga de reducirla al silencio?....continuó el doctor. ¿Sois vos, Ismael?

Tyrrel arrojó una furtiva mirada sobre Susana, que continuaba inclinada sobre la cama con los ojos bajos.

—¡Y bien! si, respondió de repente haciendo el hipócrita papel de Sir Edmundo:—yo me encargo de esto, doctor.